

**DE LA EJEMPLARIDAD CREADORA
A LA INAGOTABLE PRESENCIA
(Bolívar en Mario Briceño Iragorry y Arturo Úslar Pietri)**

Alexánder Torres Iriarte (*)

Para que este culto sea realmente instructivo o fecundo, no debía ser practicado sino por otros grandes hombres. Es decir, cuando la existencia de los unos halle su legítima explicación en los otros. Hay épocas creadoras. Otras viven el pasado, o se proponen remediarlo, y por lo mismo no son creadoras. Enemiga de las grandes pasiones, de los grandes caracteres, épocas de pedagogos. Se complace en la evocación de los grandes hombres. Cuando se le echa de menos en el presente, se les busca en el pasado. Y uno se pregunta hasta cuándo vamos a vivir del pasado.

Enrique Bernardo Núñez

A manera de introducción

Desde sus días aciagos hasta inmediatamente después de su desaparición física, el Libertador ha sido objeto de diversas interpretaciones. Su obra es disputada por personalidades de todas las tendencias, ideologías e inclinaciones políticas, en el intrincado devenir histórico contemporáneo. Su legado y su aporte en la construcción de la historia republicana es tema de las más disímiles plumas en los diversos momentos de la evolución política nacional. Ya la historiografía actual -entiéndase las últimas cuatro décadas- nos ha demostrado, con sesudos trabajos investigativos, el uso y abuso de la imagen del Libertador sintetizado en un verdadero “culto al héroe”.

(*) Profesor de Historia del Instituto Pedagógico de Caracas, (IPC). Magister Scientiarum en Historia de Venezuela Republicana (UCV). Miembro del Centro de Investigaciones Históricas “Mario Briceño Iragorry”.

En el siglo XIX la imagen del gran hombre no pudo escapar de la idolatría propia del ciclo heroico de la historiografía romántica y patriótico. La defenestración de la excesiva exaltación del “padre de la patria” fue tarea emprendida por los gélidos positivistas, que no pudieron escapar, a su vez, de los mágicos encantos del “Libertador de América”. Bolívar es centro de atención en todos los universos intelectuales nacionales e internacionales. Los ensayistas del siglo pasado no obviaron la importancia de este dilemático protagonista de estatura universal. Las líneas que siguen tienen como eje temático las consideraciones y referencias del Libertador en dos intelectuales venezolanos del fenecido siglo XX.

Mario Briceño Iragorry (1897-1958) es un autor de dilatada trayectoria en defensa de la historia nacional. Su itinerario intelectual es fructífero y productivo, teniendo en su periplo vivencial diversas tareas como escritor, cronista, político y diplomático. La visión histórica de Mario Briceño Iragorry es profunda e interesante. En la historia observó Mario Briceño Iragorry una herramienta fundamental para emerger de nuestra “crisis de pueblo”. Responsabilizó a la historia de una gran función social, como instrumento para la toma de consciencia y el progreso social y en todo momento la vio como dadora de respuesta de nuestra propia existencia y su imbricado y difícil presente. Del desconocimiento del pasado, nos dice, heredamos la incompreensión del presente, por añadidura, más que una mera disciplina científica y literaria, la historia es una disciplina moral. Por su parte Arturo Úslar Pietri (1906-2001), es un intelectual de gran trascendencia en las letras venezolanas y latinoamericanas. Su importancia salta a la vista como figura polémica en todo y cada uno de los campos que le tocó desarrollar. Sin equívocos, Úslar Pietri fue un intelectual ganado para la comprensión de la ciencia y la consciencia histórica. Este hombre de letras se preocupó por acendrar en el venezolano el respeto y conocimiento del pasado. Úslar Pietri estuvo consciente del valor de la historia como “formas de pensar” y “hacer social”, también como memoria común y de manera más explícita como arma política.

Ninguno de los “hombres de letras” mencionados escribieron, en estricto sentido, una biografía o denso ensayo sobre Simón Bolívar, pero sus juicios y lecturas acerca del Libertador amerita de igual manera nuestra atenta mirada.

La ejemplaridad creadora

Todo pueblo busca desesperadamente un referente, un paradigma o arquetipo en el cual asirse. Especie de consciencia moralizante o superyo colectivo que le sirva de lámpara fulgurante, de brújula que guíe sus pasos definitorios. Y es que en parte no podemos librarnos de un pasado construido a nuestra justa medida, a veces en defensa propia. Aquí la historia -como disciplina o relato- se presta haciendo las veces de conocimiento reconstructivo, como benigna comprensión, como imperativo social, es decir, una especie de visor antropológico de lo acontecido como presagio del posible mañana. Esto explica en parte porqué nos embelesamos con los adalides. Para bien o para mal vemos en ellos un ejemplo a seguir: aquellos que hacen en grande lo que en pequeño hacemos todos los días. Son nuestros amuletos, son nuestros aliados y así lo valoramos.

La presencia del Libertador en el verbo de Mario Briceño Iragorry, posee desgarrador aliento de denuncia y de llamado. Ya el autor trujillano, nos acostumbró a vislumbrar- en su prolífico legado- el portento bolivariano como artífice de nuestra configuración como pueblo y como instrumento de defensa de nuestra estatura histórica. Bolívar, en Briceño Iragorry, es un defensor de una cosmovisión, sujeto de empresa que pone los recursos naturales a favor del hombre. Es un ejemplo siempre vivificante de un hombre que nos exhorta a dominar la geografía y someterla a los más altos intereses socioculturales. Esta premisa se sintetiza con la expresión “Venceremos la naturaleza”. A tal respecto nos explica claramente en su *Introducción y defensa de nuestra historia*:

Quienes busquen en el pensamiento de Bolívar un sentido creador que todavía puede ayudarnos en nuestra lucha presente, ya tienen un programa de estupenda frase ‘Vencer la Naturaleza’. Aún no hemos intentado vencerla, en el orden de dominar sus obstáculos y en el camino de aprovechar sus promesas (1985:82).

Pero, la incompreensión del legado bolivariano está circunscrito a un problema mayor: el desconocimiento de la historia. La historia como explicación del desarrollo social, más que mero pasado, es compromiso presente y futuro, por eso, es fundamental realizar un examen sincero y sin prejuicio de nuestro destino histórico. Los grandes pueblos, con sus prohombres, son producto de un complejo proceso histórico asevera Mario

Briceño Iragorry. Inclusive Bolívar tuvo sus antecedentes en el conquistador del siglo XVI. En todo caso, lo importante es entender al Libertador como un pueblo por construir, más que un simple héroe por evocar. Sobre este aspecto las generaciones de relevo tienen una delicada misión, estar en sintonía con un Bolívar guiador, vivo, que supere la ensimismada contemplación de los museos. En su *Introducción y defensa de nuestra Historia* vuelve Mario Briceño Iragorry a ser enfático:

Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho a la libertad. Cada generación está en el deber de renovar el esfuerzo que los mayores realizaron por la grandeza de la Patria. Para ello es requerido dar a la Historia un sentido de balance con el tiempo (1985:142)

Es José Martí en el universo hispanoamericano -según Briceño Iragorry-, el legítimo heredero del pensamiento bolivariano. El ideal de Martí enarbolaba la bandera de la libertad y la unidad, muy propia de la herencia del caraqueño ecuménico. Es decir, abogar por un latinoamericano ganado para la lucha por su dignidad, y un venezolano en particular que sea más que un simple vendedor de hierro o petróleo. Por eso, ante la acción neocolonizadora de las potencias sobre Asia y África será el intelectual venezolano bastante categórico: hay que respetar la diversidad cultural, sobre todo la del oprimido, a la vez que repudiar toda intervención foránea de tinte expansionista y racista. En su obra *Aviso a los navegantes* nos dice:

Ante este hombre blanco que explota sin compasión los pueblos retrasados, tiene derecho la gente de color para seguir pensando que Adán y Eva eran negros, como hijos naturales de la tierra; que negros eran también Abel y su descendencia, y que la blancura de Caín y de sus hijos apenas vino a producirse cuando el fratricida palideció de terror ante el reclamo del altísimo por el asesinato del hermano. Al considerar esta dolorosa verdad, resulta en extremo incorrecto que naciones como las hispanoamericanas, surgidas del coloniaje y expuestas a un nuevo coloniaje imperialista, permanezcan indiferentes ante la suerte de los países oprimidos en África y en Asia. Necesario es tener presente que nuestros aliados naturales no son los pueblos que se gozan de la esclavitud de las naciones pequeñas. Bueno es pensar que también España y Miranda, Bolívar y Miguel José Sanz, Sucre y Cristóbal Mendoza, San Martín e Hidalgo fueron

llamados bandoleros por las autoridades españolas. Parece que bandolero en el argot secreto de la Libertad, contrario al argot de los opresores, significase noble rebeldía y altiva conciencia de la dignidad humana (1985:287).

Así Mario Briceño Iragorry nos invita a sensibilizarnos por la explotación de los países débiles, dejando claramente expuesto su reiterada postura antiimperialista. Por añadidura, todo espíritu bolivariano es contrario a cualquier forma de explotación. Los hombres notables de la patria, con Bolívar en la vanguardia, emprendieron una lucha denodada por repúblicas autónomas, alejadas de cualquier enajenación extranjera. Bolívar siempre desenfundó su espada por la independencia de nuestras jóvenes naciones ante los intereses extraños y garantizó el orden ante la acción devastadora de la anarquía. Pese al necesario arrebato despótico de Bolívar en 1828, el Libertador siempre fue partidario de los derechos humanos. Reitera Mario Briceño Iragorry la postura antilatifundista y nacionalista que siempre distinguió a Bolívar y que lo acredita como un entusiasta luchador de la igualdad política. En *La hora undécima* Mario Briceño Iragorry es diáfano:

...supersticioso del valor de la moral pública, concibió un extraordinario sistema de orientar las costumbres, por medio del sometimiento a la conducta del pueblo a la vigilancia del Poder Moral; fervoroso de la instrucción popular, cuidó su esparcimiento a través de los pueblos que libertaba; fiel guardián de la hacienda pública, organizó sistemas que la fomentasen y la defendiesen de la rapiña de inescrupulosos funcionarios. Frente al egoísmo de quienes se acercan al Poder sólo con el propósito de hacer fortuna, Bolívar erigió el ejemplo admirable de su desprendimiento personal; ni por afanes de oficio militar, ni por imperativos bueros de ganar dignidad en el orden del merecimiento público, Bolívar abrazó la causa de la libertad de América. Creyó cumplir un deber de justicia al constituirse paladín de los derechos del hombre y se dio por entero y sin descanso a su labor noblísima. (1985:344)

La práctica del ejercicio del poder con carácter autoritario y despótico, siempre estuvo alejada del afán democrático del Libertador. Simón Bolívar tuvo gran vocación de servicio, fue un hacedor de naciones, animado amigo de la república, civilista de convicción, reformador social, partidario del sufragio universal y acérrimo enemigo de la violencia de las armas. También

poseyó un pensamiento antiimperialista. En su obra *La Hora undécima* Briceño Iragorry, reitera:

Colocados al frente de las relaciones públicas de Venezuela o Colombia, tendría presente, como escribió en 1829 a Patricio Campbell, que 'los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad' y, en consecuencia, no amarriaría ciegameente la República al carro imperial de potencia alguna. Fue hombre de tierras y de esclavos, pero hoy no haría la apología de los latifundistas, menos aprobaría el discurso de quienes regatean los derechos del hombre de trabajo. Reconocería Bolívar el pleno derecho del hombre a la propiedad, pero mantendría ésta prendida al garfio del derecho social. 'Libertador o muerto' fue su consigna de lucha; y muerto en el tiempo, más vivo en la permanencia elocuente de la ejemplaridad, Bolívar ha de seguir librando, como el Campeador, la batalla sin término del derecho y de la justicia (1985: 348).

Sin embargo, a pesar de ser el Libertador el garante de un sistema político-social más humano cimentado en el derecho y la justicia, su imagen es blanco de los más inconfesables fines. El Libertador es objeto de “interpretaciones acomodaticias” que favorecen los intereses de grupos oscuros, que implementan una “culto de beatería” alejado del profundo aporte del gran hombre. El verdadero desarrollo del pueblo, en un ambiente de justicia y libertad, vale más que la veneración ociosa del Libertador. Su vida es ejemplo de desprendimiento: un blanco criollo que dio la espalda al afán de lucro, comportamiento nada recurrente de la rancia aristocracia terrateniente de su momento sostenida en las relaciones de producción esclavistas, nos recuerda Mario Briceño Iragorry. En su *La hora undécima* nos repite:

Bolívar olvidó la soledad del señorío y se hundió en el pueblo para ser todo el Pueblo. Si hubiera creído que el fin del hombre es lucrar con honores y dinero, habríase mantenido en el cuadro de su clase y habría utilizado los medios que tenía a su alcance para acrecentar los motivos placenteros. La historia, en cambio, de Bolívar es la prosecución de un sacrificio en aras del sentido altruista que ha de tener toda vida que quiera realizarse fecundamente en el orden de lo humano. Contra el mundo del antiguo régimen, fue por actitud de convencido y no por saciar oscuros resentimien-

tos o por ganar situaciones ventajosas. Servir fue su consigna. Jamás intuyó que de su nombre se servirían las futuras generaciones para aparentar virtudes y para lucrar ventajas (1985:352-353).

Así Bolívar es una viva encarnación de la plenitud creadora, signo de una mejor patria que construir y piedra fundamental de una teoría sobre lo venezolano. Hombre vivo, no para la platónica contemplación sino para la dinámica construcción de la nación. En su obra *El Caballo de Ledesma*, el ensayista es taxativo:

Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis aboga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber hoy en el campo de la dignidad humana. Los grandes muertos forman el patrimonio. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la historia. (1984: 45).

Por eso fustiga el intelectual trujillano a quien se regodea de una Bolívar petrificado sólo para el incienso y la mirra de sus cultores y felicitadores. Un Bolívar que duerme para siempre en el silencio sepulcral de los panteones. En *El caballo de Ledesma* reitera:

Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Más, la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos a Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió.(1984:46)

La inagotable presencia

Todo pueblo está hambriento de gloria, de un héroe real o ficticio que libre las batallas que le den tranquilidad y prestancia. También amerita permanencia y resonancia de ese héroe en el tiempo, porque puede ser

garantía de unicidad y actualidad para resolver los más acuciosos problemas contemporáneos. El dilema se presenta cuando el portento, el patrón a seguir, en lugar de animarnos de una voluntad edificante, nos convierte el deudos apáticos de una hora que ya fue y de un presente que nos reclama un mayor compromiso por un país más vivible.

La ponderación de la figura y genio de Bolívar en la obra de Arturo Úslar Pietri está impregnada de un gran apasionamiento que no escamotea la significación histórica del gran hombre. Lo califica de fundador de nuevas realidades, artífice de la creación americana. Equipara la estatura universal del Libertador con el espíritu americano. Para Arturo Úslar Pietri, Bolívar es más que un hombre-circunstancia, es un hombre-esencia. Para Bolívar lo americano -continúa Úslar Pietri- no es materia inanimada, es realidad viva y dinámica, que encierra en sí misma la “clave de nuestro destino” y que debemos necesariamente conocer. En esto estriba su peculiar pensamiento y su acertada acción mundial. Para el Libertador la América es una síntesis de un devenir culto y bárbaro que signa el acontecer de nuestra sociedad. Bolívar como hombre de proyectos es profundamente pragmático, echa mano de los pensadores de la Ilustración, pero convencido de que cada organización social debe tener sus propias fórmulas y sus exclusivas soluciones. Siempre estuvo consciente que la crisis del mundo hispano se puede entender como algo más que la ruptura de un sistema político y la independencia es solo un escalón de verdadero problema. Úslar Pietri en su artículo *La historia en Bolívar* nos dice:

El sabe como nadie que América no es una nueva España que los peninsulares han estado construyendo con tan tesonera grandeza. Pero sabe también que su historia, que es su ser vivo, está impregnada de hispanismo hasta los tuétanos. Y también sabe que eso que llaman la ‘civilización’ los hombres de su tiempo y los que han de venir detrás de ellos, es decir, los ideales políticos y sociales del siglo XVIII francés, son en gran parte incompatible con la realidad criolla (1990:19)

Bolívar ausculta el enigma americano y utiliza frases directas y enérgicas para asentar su pensamiento arrebatador y revolucionario. Un hombre de pasión por la libertad, modelo para sus herederos, americano con apetito de igualdad y justicia social, que no pudo escapar ayer como hoy del culto de los aduladores. En esto Úslar Pietri es constante, dos claves de nuestra venezolanidad, como vector que sigue orientando nuestra historia; el

mesianismo y el igualitarismo. En su artículo *La historia en Bolívar* Arturo Úslar Pietri nos repite:

Bolívar había sabido llevarlo a la grandeza y a la gloria. Cuando volviera otro Bolívar volvería a la grandeza y a la gloria. Las dos pasiones fundamentales del alma popular venezolana: el mesianismo y la igualdad, quedaban vivas y ansiosas trabajando su historia. Bolívar lo ha hecho, para siempre, un pueblo hambriento de grandeza (1990:26-27)

Bolívar se percata en todo momento que además de librar batallas para la emancipación, la verdadera independencia radica en instituciones estables que estén consustanciadas con la realidad económica-social de la América hispana. Por eso Arturo Úslar Pietri explica que el Libertador supo decodificar las peculiaridades del mundo americano. Tuvo consciencia de lo propio de nuestra geografía e historia, y como su mentor Simón Rodríguez, estuvo al tanto de la exclusividad de nuestras instituciones. En su artículo *La hamaca de Bolívar* afirma:

Las concepciones y las teorías aprendidas de Europa o de los Estados Unidos deben adaptarse a las características de los nuevos países. La geografía, la historia, las antiguas leyes, los usos tradicionales de esos pueblos deben ser tenidos en cuenta de manera primordial. Sobre esos hechos deben meditar los legisladores para concebir las instituciones adecuadas (1990:32).

Para Arturo Úslar Pietri, Bolívar se convierte en el sumo intérprete del alma criolla, una personalidad que ahondó en la esencia de su pueblo y atisbo su posible futuro. El Libertador sabía que la realidad americana era *sui generis*, y que no era suficiente los aportes de los pensadores europeos y sus útiles concepciones sino se parte de la premisa de una América distinta que “debía dar sus propias soluciones”. No obstante, nos acota Úslar Pietri en *La hamaca de Bolívar* que el Libertador no es un mero ideólogo ni un oportunista del poder:

Detesta a los ideólogos tanto como a los hombres de presa. La independencia no es un fin sino un paso previo. Lo más importante es lo que ha de venir después: la organización del mundo de Colón en poderosa estructura política, donde quepan las realidades y las esperanzas sin daño y sin engaño (1990:36).

Bolívar funge en la pluma de Arturo Úslar Pietri como un verdadero conductor de pueblos, un ciudadano de mensaje permanente para un mundo de hombres libres. Es una personalidad ecuménica, luchador por la democracia y la imperiosa unidad de los pueblos. Su estampa es la de un visionario, un hombre que está más allá de la inmediatez, es un preocupado no sólo por su presente sino por la perdurabilidad de su obra. En su artículo *El mensaje de Angostura* Úslar Pietri es categórico:

Piensa en términos de continentes, de nuevas y poderosas instituciones, de humanidad, de libertad para los hombres, de justicia y de poder verdadero y respetable para las nuevas naciones. Piensa en la unión de los países americanos, en la creación de un nuevo derecho, en un nuevo y más justo equilibrio del mundo con una América libre y rica que pudiera "mostrar al Mundo Antiguo la majestad del Mundo Moderno" (1990:47).

Bolívar no es un cándido soñador. Está convencido que la libertad como la justicia no es el producto de leyes y decretos, sino, que tanto el pasado como la dinámica social tiene gran responsabilidad en la creación de una sociedad más armónica. El asunto cardinal de la identidad -“¿Qué somos?”- y la afirmación de la dignidad humana, son dos de los grandes aportes para la tradición democrática defendida por el Libertador, en la cual la educación concebida integralmente, tiene la última palabra siendo a su vez, la primera de nuestras necesidades en un horizonte republicano. En *El mensaje de Angostura* agrega:

Ante un mundo que miraba la esclavitud como una institución legítima y que aceptaba y practicaba el tráfico negrero como comercio lícito, el hombre que se enorgullecía, más que de ninguna otra cosa, de ser llamado el Libertador, dijo medio siglo antes que Lincoln, que “no se puede ser libre y esclavo a la vez” y alzó la voz quebrada de emoción para exclamar: “Yo imploro la confirmación de la Libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República” (1990:57)

Para Úslar Pietri, Bolívar planteó la necesidad de crear una sociedad nueva, y de un pueblo despierto, un gentilicio solidario y fortalecido por los lazos inquebrantables de la unión. La unidad fue su objetivo fundamental, luchando además de las distancias insalvables de pueblos y barrancos, contra las mentalidades de campanario. De tal modo, el Libertador se suscribe de fondo más que de forma, a los planes del precursor

Francisco de Miranda y de la élite pensante de los hombres de 1810. En este sentido, la independencia debe entenderse como “el comienzo de un nuevo tiempo histórico”. Por lo tanto, la figura del Libertador es de una riqueza inagotable. Sobre esta idea, Úslar Pietri en su artículo *Al encuentro con Bolívar* es muy conciso:

Lo bolivariano sigue siendo la concepción de una democracia ajustada a nuestra realidad histórica y social, de una centralización de los recursos y de las acciones para alcanzar los fines fundamentales de la asociación, de una moral de servicio público al cual deben atender todos los esfuerzos y los recursos. Para nadie que conozca, aunque sea superficialmente, su pensamiento y su lucha puede ser difícil imaginar lo que el Libertador haría o diría antes de las cuestiones que se plantean en nuestro presente. Podemos imaginar muy bien lo que defendería y lo que combatiría. De hecho lo ha estado haciendo hora por hora a lo largo de nuestra evolución nacional y no podemos dudar, ni un momento, de lo que pensaría de muchas de nuestras cosas, no a la luz añeja de ideas y conceptos de otra época, sino en la vigencia permanente de una moral pública irreprochable, de una finalidad de hacer nación para el bien con justicia y de hacer de todos los ciudadanos, no sólo por el derecho otorgado, sino por el esfuerzo contribuido al progreso común. (1990:167-168).

Úslar Pietri, hace gala de un Bolívar que aún nos reprocha cuando nos desviamos en el camino de la grandeza. No huye el autor de una concepción extremadamente idealista de la historia y de uno de sus personajes más controversiales, al mismo tiempo que no niega su vibrante actualidad en la Venezuela de finales y comienzo de siglos.

Balance

Para Mario Briceño Iragorry (1897-1958), Bolívar es la encarnación del espíritu nacionalista que siempre debe animarnos. El Libertador es el digno representante de una parte de nuestra historia, que no debemos renunciar: el sendero de la grandeza nacional. La semblanza del Libertador es sinónimo de unión, libertad y justicia, valores imperecederos para la impostergable reconstrucción de la Patria. Mario Briceño Iragorry nos presenta a Bolívar como un civilista, partidario de los derechos humanos y la paz social, siempre alejado de la obcecada idea de dictadura y del duro

martillo de la violencia. Problemas siempre recurrentes en nuestra historia contemporánea.

El Libertador en las ponderaciones de Arturo Úslar Pietri (1906-2001), es bastante similar al escritor trujillano. Arturo Úslar Pietri nos dibuja un Bolívar preclaro que siempre fue más allá que sus contemporáneos. Un luchador a favor de la libertad y la unidad para desarrollar armónicamente nuestras potencialidades como “género humano” y así alcanzar el papel de primer orden en la escena internacional. Bolívar fue un incomprendido que traspasó su eje espacio-temporal con una inimitable voluntad de libertad en un orden político de franca justicia y reinantes derechos humanos. En Bolívar, puntualiza Úslar Pietri, se combina un hombre de acción y pensamiento, conductor de gentes anhelantes de la libertad y visionario de futuro.

Simón Bolívar, en estas dos rápidas referencias -pese a la evidente carga de romanticismo histórico-social decimonónico- nos deja tres moralejas de insoslayable importancia para nuestros días. En primer instancia, Bolívar no es un “perro muerto” que debe estar durmiendo el sueño de los justos en el silencio sepulcral de la academia. Mucho tiene que decirnos hoy sobre nuestros más altos fines, y la necesidad de resolver nuestros más urgentes problemas alcanzando las “virtudes republicanas” que tanto nos exhortó. En segunda instancia, no es un “semidiós”, es decir, un ser etéreo e inalcanzable al cual solamente podemos rendirle perpétua adoración. Siendo ésta la lectura más dominante -quedando los dos intelectuales evaluados parcialmente librados- sobre el Libertador y su obra, Bolívar es un mortal con su carga de virtudes y errores como todo ser precedero e imperfecto. Así debe ser estudiado en el contexto histórico, sociopolítico y personal que le tocó vivir. Y por último, la presencia del Libertador en la historia nacional es consona con el ideal democrático, y apegada a una verdadera cátedra de civismo alejada de cualquier tendencia autoritaria o tiránica. Estas son tres ideas que nos sugieren Mario Briceño Iragorry y Arturo Úslar Pietri cuando se aproximan a la trascendencia histórica del hombre de las dificultades.

Bibliografía

- BRICEÑO IRAGORRY, Mario (1984). *El caballo de Ledesma*. Monte Avila Editores. Colección letra Viva. Caracas.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario (1985). *La historia como elemento creador de la Cultura*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Serie de Estudios, Monografías y Ensayos 67. Caracas.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario (1994). *Mensaje sin destino*. Monte Avila Editores. Eldorado. Caracas.
- MIERES, Antonio (2001). *Arturo Úslar Pietri y sus aguzadas lanzas historiográficas*. Fondo Editorial Tropykos. Serie Historiografía (39). Caracas.
- MIERES, Antonio (1997). *Mario Briceño Iragorry o la historia como disciplina moral*. Fondo Editorial Tropykos/ UCV. Caracas.
- SALCEDO BASTARDO, José Luis. *Visión y revisión de Bolívar*. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas. 1960
- TORREALBA LOSSI, Mario. *Bolívar en diez vertientes*. Ediciones Colegio de Profesores de Venezuela. Caracas, 1982.
- TORRES IRIARTE, Alexánder (2002). "Arturo Úslar Pietri, rutilante y dilemático" en *Upel Cultural*. Una publicación de la subdirección de Extensión. Programa el profesor jubilado y egresado y la Coordinación sociocultural. Instituto Pedagógico de Caracas. N° 5 año 3/ 2002.
- TORRES IRIARTE, Alexánder (1997). "Don Mario: una voz imposible de callar". En *La Religión*. Caracas, 15 de septiembre de 1997.
- TORRES IRIARTE, Alexánder (2000). "Inmortalidad de Bolívar (Consideraciones sobre Simón Bolívar en la obra de Enrique Bernardo Núñez)". En *Tiempo y espacio*. UPEL-IPC. C.I.H "Mario Briceño Iragorry". Julio-diciembre 2000. Vol. XVII. N° 34.

ÚSLAR PIETRI, Arturo (1990). *Bolívar hoy*. Monte Avila editores. Colección Eldorado. 2ª edición. Caracas.

ÚSLAR PIETRI, Arturo (1993). *Valores humanos* (Tomo I). Monte Avila Editores Latinoamericana. Documentos. Caracas.